

LA EMOCIÓN DEL DÍA

TOMO XI.

14



## EMOCIÓN DEL DÍA

---

### I.

**N**o hay que darle vueltas: las emociones fuertes son ya indispensables para que la multitud que entra de buena fe en el atropellado movimiento de la vida moderna no se muera de puro fastidio. Tenemos agotados los sentimientos, derrochadas las satisfacciones, pasados en cuenta todos los placeres, y si el repertorio de los acontecimientos pavorosos no nos proporciona nuevos espectáculos, francamente, ¿qué va á ser de nosotros? Necesitamos un terror diario que nos estremezca de pies á cabeza, ó un escándalo imprevisto que nos haga desternillar de risa para poder exclamar; ¡oh!; aún vivimos. Consúmase este reactivo poderoso que nos anima, y que, si puedo decirlo así, nos vivifica, y tendremos que abandonar en manos de la muerte los caudales de sensi-

bilidad que atesoramos. No digo yo que sea preciso enterrarnos inmediatamente; pero viviremos muertos, más aún, enterrados vivos en el sepulcro de una vida sin emociones.

Porque, ¡ya se ve!, hemos roto al fin las ligaduras del estado rudimentario; el sosiego de la casa, la paz de la familia, las tranquilas satisfacciones de los afectos tiernos.... ¡Bah! Todo eso es primitivo.... Pasó, como ha pasado la antigüedad. Hoy el sosiego es el fastidio, la paz es la muerte. Nos hemos despojado de las impertinencias del corazón y de las severidades del entendimiento; la belleza de las acciones y la belleza de las ideas no son ciertamente nuestro vicio dominante. ¡Belleza!.... Pues, manía del arte, fausto de la verdad, esplendor del orden.... ¿Y qué? Nosotros no vivimos la vida del alma, vivimos la vida de los sentidos; estamos en la plenitud del estado nervioso, y no pedimos más que sensaciones; queremos ataques de nervios, efectos plásticos que nos retuerzan, aunque no sea más que por un momento, bajo el látigo del horror ó del placer; la *cupeta de Mesmer*: he ahí lo que pedimos. Nuestra estética es muy positiva, y, por un gracioso capricho de las cosas, conforme vamos siendo más liberales, la vamos necesitando más realista.

Muy bien: mas las novedades extraordinarias no se presentan todos los días, porque el telar de los acontecimientos enormes no teje con la actividad con que nosotros devoramos, y hay períodos

de mortal aburrimiento, entreactos interminables en que nos morimos de fastidio delante del telón caído. En esos momentos, ¡qué vulgar es todo lo que nos rodea!.... Nada nuevo.... ¡Oh, qué vejez tan insoportable! El universo no se hunde para conmovernos, ni el mundo se desploma para animarnos. ¿Qué vamos á hacer de nuestra ociosidad y de nuestra impaciencia?... La cuestión de Oriente se despereza como un monstruo que despierta, anunciando la proximidad de terribles desastres; la Gran Puerta parece que va á abrirse para dejarnos ver el soberbio espectáculo de una guerra formidable; la muerte, la misma muerte, bajo su aspecto más horroroso, se nos acerca para devolvernos la vida, y respiramos como quien resucita.... Europa se conmueve.... ¡Ah, esto es algo! Conmovámonos.

Pero ¡qué desencanto! Por lo visto, la cosa estaba todavía algo verde; se le da á la diplomacia el encargo de madurarla, y adiós esperanza; la perspectiva se aleja, y aquí nos tiene V. aburridos, porque rusos y turcos no han empezado ya á despedazarse.... Se nos aplaza el placer de horrorizarnos. ¡Oh, qué fastidio!

Probablemente estaríamos aún bajo la desagradable impresión de este desengaño, si doña Baldomera no hubiese tenido la feliz ocurrencia de sorprendernos con un nuevo espectáculo previsto y á la vez esperado. Espectáculo doblemente conmovedor: unos reían y otros lloraban. El asunto tenía

el fabuloso interés del trescientos por ciento á toca teja, y jamás mujer alguna ha salido de su patria acompañada de más sonrisas ni de más lágrimas. Admirable golpe de coquetería! Todo lo ofrece, para después negarlo todo; pone en los labios la dulce miel de una ganancia verdaderamente encantadora, y luego huye....; ¡cruel!....: se escapa de las ciegas seducciones que la rodean, llevándose las más bellas esperanzas, los más risueños cálculos, la triplicación anual de los capitales; esto es, el sueño de oro de la riqueza. El amor era el mutuo resorte de este drama tierno, y al mismo tiempo patibulario: el amor á lo ajeno. ¡Qué despedida!.... Allí sí que se podía exclamar: «¡Adiós mi dinero!»

¿Y bien? En realidad, muy poca cosa: la ausencia es el olvido; pasó la emoción, y nuestros nervios, excitados por un momento, se aflojan de nuevo y volvemos á caer en el aburrimiento de la vida ordinaria. Ninguna novedad estupenda viene á sacarnos del sepulcro. Necesitamos comer bien, hablar mucho, movernos sin descanso, para persuadirnos de que vivimos. De puertas afuera, si señor; lujo, algazara, placeres, festines, todo: de puertas adentro, nada; el silencio del vacío y la soledad de la muerte.

Mas he aquí que una mañana aparecen los carteles del teatro Español lanzando á las miradas ociosas de los transeuntes, en letras gordas, la siguiente alternativa: *Ó locura ó santidad*. Realmente la elección no ofrecía grande atractivo, porque lo-

cura, ¿quién la necesita?; santidad, ¿á quién no le estorba? Sin embargo, no era difícil advertir que el cartel se sonreía maliciosamente; algo le quedaba dentro.

Conservan los carteles de los teatros la candorosa malicia de ocultar los nombres de los autores en el anuncio de la primera representación, sin duda para que el público no se deje llevar por el impulso de las simpatías personales; la justicia del éxito exige, por lo visto, que el nombre del autor sea ignorado hasta que el entusiasmo de la concurrencia lo pida á gritos desde las butacas y desde las galerías; y, ¡cosa singular!, el público, que por lo común lo ignora todo, eso lo sabe siempre.

El nombre que el cartel se obstina en ocultar rompe por sí mismo el secreto y corre de boca en boca y de oído en oído mucho antes que el cartel se decida á pronunciarlo. Es una comedia previamente convenida, en que los espectadores hacen el papel de ignorantes, y, ¡Dios mío, qué bien suelen hacerlo! *Ó locura ó santidad*. El cartel no pasaba de ese sencillo anuncio; pero el público estaba en el secreto, y añadía:

—¡Echegaray!

La simple pronunciación de este nombre, justamente célebre, empezaba ya á crisar los nervios. Decir Echegaray, es lo mismo que decir éxito. Detrás de ese nombre hay casi siempre un mundo desconocido, una sociedad ignorada, unas costumbres y unos afectos enteramente originales, un

género humano *sui generis*, hombres y mujeres que al parecer vienen de regiones nunca exploradas, raza distinta de la que todos conocemos. Vamos, otra especie humana, sacada sin duda de algún cabo suelto del hombre prehistórico.

Delante del anuncio, el público repite el título del drama y el nombre del autor, probablemente exclamando:

«¡Ó locura ó santidad!... ¡Echegaray!... ¡Qué demonios habrá aquí dentro!»

¡Friolera!... Hay lo que pedimos, lo que apetecemos, lo que buscamos: tempestades sin nubes, rayos sin fuego..., una especie de caos, algo del vértigo, ejercicios gimnásticos ejecutados en el aire, una palanca increíble que nos levanta sin punto de apoyo, una pesadilla de la cual nos reímos después que ha pasado; hay, en fin, la emoción del día.

Y todo este trastorno de la naturaleza se verifica entre unas cuantas personas bastante insignificantes. Un tal D. Lorenzo, buen señor, casi estimable, cruelmente calumniado de sabio y sospechoso de loco desde el primer momento; Angela, mujer del Lorenzo, que no se cree madre si su hija no tiene nietos; esta hija, Inés por más señas, criatura sentimental, que decididamente se muere si no la casan á escape; una nodriza moribunda que sale del sepulcro para ser madre de don Lorenzo, porque, capricho de la ancianidad, no quiere morir sin tener un hijo; un médico del género aflictivo, que ni cura, ni alivia, ni con-

suela, tonto que hace locos; una duquesa de tres cuartos, que, semejante á la espada de Bernardo, ni pincha ni corta, lo cual no quita que á su vez tenga un hijo, que ni pintado, porque, ¡ya se ve!, se le ha ido el santo al cielo con la hija del loco, y, quieras que no quieras, ha de llevar su gato al agua.

Estos dos amantes no se paran en pelillos; ellos andan solos por la casa, como si tal cosa, y muestran tanta prisa por casarse, que casi da vergüenza. La muchacha arde en un candil, y á título de enferma sentimental hace que su padre vaya á buscar para ella la mano del novio, como si fuese á la botica por una medicina.

En este punto el Sr. Avendaño no es excesivamente escrupuloso, y va como un cordero, porque el autor lo reserva para cosas más grandes, y esos perfiles de decoro se los hace mirar por encima del hombro. Además, si la condescendencia del padre no es muy delicada, en cambio es de todo punto inútil, en razón á que la Duquesa se anticipa á pedir la mano de la niña, que se muere sin remedio si no la casan de golpe y porrazo. De manera, que al Sr. Avendaño no hay por dónde cogerlo.

Aquí está el primer nudo del enredo, la primera malla de la red en que vamos á caer, si no precisamente conmovidos, á lo menos deslumbrados.

D. Lorenzo, á pesar de sus millones y de su biblioteca de filósofos alemanes, no pasa de ser un pobre hombre, que no ve más allá de sus narices,

y que hubiera sido tan feliz como cualquier hijo de vecino, si la providencia especialísima del autor no le hubiera proporcionado la terrible desventura de tener dos madres: madres más crueles que aquellas del juicio de Salomón, pues ellas mismas se encargan de partirlo por en medio; la una desde el sepulcro, la otra con un pie en la sepultura.

La primera lo sorprendió en la cuna, y lo prohió, dándole nombre y riquezas; mas al morir, vió claramente que aquella maternidad fingida le era ya completamente inútil, y cantó de plano, dejando al buen Lorenzo sin riquezas y sin nombre. Pero aquí de la nodriza, que era la verdadera madre. Sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, se traga el secreto de la difunta, y Avendaño sigue siendo Avendaño, con algunos milloncejos de patrimonio para ir viviéndo.

Así pasan cuarenta años como un soplo, hasta que á la nodriza se le antoja morir. ...., y aquí fué Troya.... Detiene á la muerte para poder dar á su hijo el último abrazo; el hijo mismo va por ella, la trae á su casa moribunda, y quieras que no quieras, á la nodriza se le va la lengua...., y carta canta.... No hay duda; el papel en que la otra madre declara que Lorenzo no es su hijo, hay que tenerlo por irrecusable, y Avendaño se encuentra de repente sin madre, después de muchos años de haberla perdido. Mas se equivoca lastimosamente, porque su madre está allí, medio muerta, pero allí, porque su madre es la nodriza.

Semejante noticia no le hace maldita la gracia, y empieza á tragar saliva, porque la más vulgar honradez le dice terminantemente que aquellos millones que posee no son suyos, ni el nombre que lleva le pertenece, y no hay más remedio que devolverlos; y ya está la pelota en el tejado; porque la Duquesa ha de tentarse la ropa para consentir que su hijo se case con la nieta de una mujer públicamente deshonrada, porque la nodriza ha sido en los días de su juventud mujer de rompe y rasga; el padre no puede retener ni un momento más las riquezas que posee, ni el nombre que lleva, por la sencillísima razón de que no son suyos, y la muchacha está decidida á morir si no la casan; pues, por lo visto, el matrimonio es el único específico indicado para la enfermedad que padece.

Este es el gran nudo de la fábula; y la crítica tendrá que convenir en que la situación que resulta es fuertemente dramática, más bien dicho, teatral. Realmente, no inspira interés una chicuela que, en último resultado, no piensa más que en casarse, ni es cosa de echar las campanas á vuelo porque un hombre que ha disfrutado por espacio de cuarenta años riquezas y nombre que no le pertenecen, llegue un momento en que honradamente tenga que devolverlos; lo último que un hombre escasamente honrado puede permitirse, es robar, por más que esté permitido. Pues bien: así y todo, la situación atrae, no conmueve, no interesa, excita; es cuestión de nervios.

que reconocer que están enérgicamente sostenidas ; creadas por la violencia, sólo por la violencia se sostienen.

Prodigiosa aritmética : á nadie le hubiera ocurrido que de la reunión de ceros que componen la totalidad de los personajes, resultara la suma de horror, pasajero sin duda, pero horror al fin, que el público recoge todas las noches. El espectador penetra en la aridez del drama, busca inútilmente una sombra donde reposar, y siente el mareo del desierto. Todos son cómplices, y ninguno es culpable. Verdadera novedad rígida, antipática, cataléptica, sin detalles, sin matices, sin claroscuro, especie de cadáver que agita sus huesos descarnados, merced al artificio de situaciones formidables.

En cuanto á su pensamiento, ocurre preguntar : ¿ tiene alguno ? Alguien cree que sí ; yo lo dudo, y conviene averiguarlo.



## II.

**S**í : el público es el gran tirano, que, á título de multitud y por derecho de mayoría, se ha adjudicado la facultad de resolver definitivamente acerca del valor de las obras de arte, especialmente de las obras dramáticas, y no hay manera de disputarle el ejercicio de esta prerrogativa, porque al fin él es quien paga. Su concurso es absolutamente necesario para el éxito, y su dinero el testimonio más fehaciente del mérito que se somete á su fallo. Siempre habrá sucedido lo mismo ; pero en la actualidad el espíritu mercantil que nos anima, por la propensión inevitable de su misma naturaleza, todo lo convierte en mercancías. Si bien se mira, la crítica definitiva, después de dar muchas vueltas por el mundo,

ha venido á caer en manos de los revendedores de billetes.

Ciertamente, los efectos dramáticos se cotizan en las puertas de los teatros, como los efectos públicos en la Bolsa, y, más dichosos los billetes de las funciones teatrales que los billetes del Banco, obtienen considerables *primas* en vez de ruinosos descuentos. No pretendo yo aquí dar más importancia mercantil al negocio del teatro Español que á los negocios del Banco de España, porque no es ese mi propósito, ni además sería justo.

Se cambian los billetes del Banco con pérdida ya crónica del dos por ciento, y alcanzan los billetes de los teatros una ganancia respetable, cierto; pero, en cambio, las acciones dramáticas se arrastran por el suelo y las acciones del Banco están por las nubes. ¿Qué más cambio se quiere? Váyase, pues, lo uno por lo otro.

Merced á esta especulación, llamémosla así, artística, el público adquiere su aptitud de juez mediante el valor del asiento que ha de ocupar en el espectáculo. Y no se puede decir que tira el dinero por la ventana, aunque tome los billetes en la taquilla, porque si siempre compra su derecho, muchas veces es el arte quien lo paga.

De cualquier modo que ello sea, á cierta distancia, el público parece un monstruo de cien bocas, dispuesto á tragarse medio mundo; mas, mirándole de cerca, se desvanece el rigor de la perspectiva, y el monstruo se convierte en un ser,

siempre informe, pero bastante manejable; es una suma de hombres que da por resultado un niño. Un niño aturdido, revoltoso, impresionable, dispuesto de la misma manera á llorar que á reír: quiere que lo diviertan, que lo entretengan, que lo conmuevan, que lo aterren, que lo asusten, sea como quiera. Verdadero niño, su puerilidad no es demasiado exigente; se contenta con que jueguen con él.

Por lo común, no ve más que la superficie de las cosas que se le ponen delante; el fondo de su naturaleza es la inconstancia. Se le lleva y se le trae fácilmente, en razón á que siempre anda á tientas.

Para un autor dramático no es el público una dificultad invencible. No hace mucho tiempo perteneció á Olona; hoy pertenece á Echegaray. El arte ya es otra cosa: pide más de lo que comúnmente puede dársele, y en cambio sólo ofrece la inmortalidad. ¡Verdadera irrisión! ¡La inmortalidad después de muertos; cuando realmente de lo que se trata es de ir viviendo de la mejor manera posible!

Para el público, los títulos de las obras dramáticas que por primera vez se le anuncian son enigmas que excitan su curiosidad, que, no obstante, nunca se mete en la tarea de descifrarlos.... ¿Y á qué tomarse ese trabajo?... Después de todo, esa es cuenta del autor.

Parece que el pensamiento artístico ó moral de la obra ha de estar de algún modo contenido en el nombre que lleva, mas hay ocasiones en que el



autor se encuentra comprometido entre la promesa del título y la dificultad de realizarla, y entonces apela á su crédito, y, como Alejandro, corta el nudo que no sabe desatar; ó, más sencillamente dicho, apela á la bondadosa condescendencia del público, y resuelve el caso saliendo por los cerros de Úbeda.

*¡Ó locura ó santidad!...* La cosa es más fuerte de lo que parece á primera vista. La simple enunciación de esos dos términos contrapuestos suscita, ante todo, un pensamiento antiguo, exacto, hermoso y profundo; á saber: que en esta vida fugitiva, llena de angustias y dolores, el que no es santo es loco.

Cualquiera, poco iniciado en las serias dificultades que la impiedad filosófica opone á la belleza artística de las concepciones dramáticas, creará que, una vez descubierta la grandeza del pensamiento, el genio del arte no tiene que hacer más que coser y cantar. Mas es el caso que no cuenta con la huésped, y la huésped es aquí la repugnancia instintiva y sistemática del error hacia la verdad. Bueno fuera que un sabio científicamente impió malgastara el don de su talento en dar vida á un pensamiento cristiano, más aún, ultramontano:

«¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?...  
Loco debo de ser, pues no soy santo.»

Negar á Dios en eso que se ha convenido en llamar ciencia, y confesarlo en el arte, sería un es-

cándalo filosófico ante el que, si es permitido decirlo así, se harían cruces todas las sectas de la incredulidad. Ninguna razón, ningún indicio nos podían hacer sospechar que la sabiduría de Echegaray incurriera en semejante contradicción.

Antes que autor dramático ha sido sabio, y no había de sacrificar con horrenda ingratitud los errores de la ciencia á las bellezas del arte, las infancias de su entendimiento á lo que, salvas todas las consideraciones debidas, me atrevo á llamar ignorancia de su ingenio. ¿Y cómo? Cualquiera que sea la audacia de su instinto dramático, ¿se había de atrever á convertir de una mano á otra el paraíso de la vida moderna, lleno de vicios, de sensualidades y de degradaciones, en una jaula de locos? ¿Qué diría la ciencia? ¿Loco ó santo! ¿Acaso no hay más alternativa para el hombre actual sobre esta tierra que nos hemos adjudicado en perpetuo usufructo? ¡Bah! Nada más lejos del drama escéptico que aún celebramos, que la severa majestad de ese luminoso pensamiento que el espíritu humano le debe al espíritu católico.

Bueno; desechemos esa idea, porque al fin es demasiado triste para un público tan habitualmente irreflexivo y alegre. Habría cierta crueldad en arrancarle por un golpe de genio el juicio de que tan pocas veces dispone, y que tanta falta le hace. No se trata de eso: se trata de darle al mundo una lección severa y provechosa. El caso no es nuevo, y

en la vida real se encuentra repetido con bastante frecuencia. Vamos á verlo.

Convengamos, ante todo, en que el heroísmo de las virtudes cristianas es la santidad propiamente dicha, la única, la verdadera santidad que conocemos. Sin Fe, sin Esperanza y sin Caridad no hay santos; en una palabra: sin Dios no hay santidad posible.

Corriente; pero el mundo, y sobre todo el mundo moderno, no tiene la mejor idea de sí mismo; y eso de virtudes heroicas, hoy día de la fecha, es cosa que no le pasa de los dientes adentro.... ¡Un santo en el siglo XIX!.... No lo creará si lo empluman.

Y, ¡qué diablura!...., alguna vez se le presenta el caso patente de virtudes para él increíbles...., y se guiña el ojo á sí mismo, con inocente malicia, porque, tan perspicaz como los elefantes de Plinio, siente crecer la hierba. — ¡Santo!.... (exclama.) ¡Oh!...., no; ese hombre está loco.

Y con su natural desenfado, toma la santidad por locura, y se queda tan fresco.

Aquí el autor dramático de verdadero genio, por ejemplo, Calderón ó Lope en el siglo de oro, Ayala ó Tamayo en el siglo presente, recoge esta observación desconsoladora, la desenvuelve dentro de los términos legítimos del arte, la enriquece con las galas propias de una literatura noble, y la presenta en el teatro, diciéndole sencillamente al respetable público: — Amigo mío: mírate en

ese espejo; mírate bien, porque tú eres el loco.

Sí, señor; la cosa es clara como la luz del día; pero hay que andarse con tiento; no se pueden atropellar ciertas consideraciones....

Ante todo, es preciso mantener el espíritu de incredulidad que forma el alma de nuestro tiempo. Hacer creer en el heroísmo de las virtudes cristianas, hacer creer en la santidad, es hacer creer en la divina gracia, es hacer creer en Dios, y entonces se apagó la tenebrosa luz de nuestra ciencia. Es preciso que el mundo, que tan bien nos sirve en la propagación de los errores con su perpetua locura, no caiga en la cuenta de su engaño. No lo hemos enloquecido con todas las disipaciones de la vida para devolverle el juicio de la noche á la mañana por la satisfacción artística de un capricho dramático. En su locura está nuestra fuerza.

Y, por otra parte, ¿hay corazón bastante duro para congregar á un público inagotable, reunirlo en los palcos, en las butacas y en las galerías de un teatro, colección casual de gentes, que con manos generosas, más aún, con manos rotas, prodiga lo mismo su dinero que sus aplausos, para enviarlo desde allí á los encierros de Leganés? ¿Se le ha de negar el juicio cuando es precisamente el juicio el que se le pide? Además, no sería fácil conseguirlo, porque algo menos infeliz que D. Lorenzo Avendaño, se defendería por instinto de los horrores del manicomio.

Ninguno de estos dos pensamientos propios,

que espontáneamente brotan del título *Ó locura ó santidad*, aparecen en el drama, ni asoman en ninguna de las encrucijadas en que la acción de la fábula no se teje, sino se enreda. ¿Cuál es entonces el pensamiento artístico, moral ó filosófico de la obra que todavía proporciona grandes entradas al teatro Español? Ninguno. No hay pensamiento artístico, porque la obra carece de literatura y de arte; no hay pensamiento moral, porque es monstruosamente escéptica, y la impiedad sistemática, y, digámoslo así, científica, se respira en ella desde el momento en que el telón se levanta; no hay pensamiento filosófico, porque desde luego se advierte total desconocimiento del corazón humano; se desconoce al hombre y se ignora á Dios. Es una sucesión de escenas embastadas á punto largo para producir efectos determinados, no de belleza, sino de repugnancia. Es un drama sin Providencia, y por consiguiente sin justicia.

Avendaño no es santo, porque, ¿dónde está su Fe? ¿Dónde está su Esperanza? ¿Dónde está su Caridad? Quiere ser honrado, y no sabe serlo. Ultraja á Dios, desespera del cielo y de la tierra, maldice á su familia y á sus amigos. No es loco: pertenece á la gran familia de los sabios, que por lo visto se consideran dispensados de toda especie de entendimiento. Más aún: pues, según confiesa candorosamente el autor por boca de Angela, está *embrutecido por la ciencia*, por la ciencia de la incredulidad. Su última palabra pretende ser una blas-

femia. Semejante virtud es monstruosa, y jamás ha sido conocida en el mundo: es una honradez de brocha gorda, de pura perspectiva, como los bastidores y los telones del teatro.

Si Avendaño no es santo ni loco, ¿qué hacemos entonces con el título?... ¿Dónde está el pensamiento del drama? En el cartel, solamente en las grandes letras del cartel, se promete y se presume; pero fuera de ahí, no se le encuentra en ninguna parte. Es decir, que el pensamiento se queda en la calle como cosa perdida. Y entre paréntesis: ¡qué familia! Es preciso que Avendaño aparezca loco para que ella sea dichosa.

Y bien: fuera de la materialidad del éxito, ¿qué se ha propuesto el autor al lanzar á la escena ese pedazo de carne cruda, que, según dicen los más aferrados, es la obra maestra de su ingenio?... Poca cosa: se ha propuesto hacernos creer que la idea de Dios es completamente inútil en el mundo moral...; que un hombre puede ser honrado, y bueno y santo, sin más Dios, sin más religión y sin más conciencia que las estrambóticas impiedades de la filosofía que llamamos moderna, ó, lo que es lo mismo: que al medio día es de noche, que lo negro es blanco, que el dublé es oro, que los reyes liberales son eternos, que la tierra es el cielo, que tres y dos no son cinco. Y he aquí que el asunto se le vuelve del revés en sus propias manos, y la perspicacia menos penetrante descubre al fin en el drama todo lo contrario; esto es, que no hay

verdadera conciencia sin la Fe, ni verdadera honradez sin la Esperanza, ni verdadera virtud sin la Caridad; que no hay verdadera moral sin Dios. La desesperación de Avendaño es la silba del autor. ¡Oh, y qué gran justicia! ¡Al pretender burlarse de la Providencia, se ríe del autor su propia obra!

¿Y es esto lo que el público aplaude? No: el público no ve eso; está sorprendido con la estúpida novedad del caso. Le han dicho que los bues vuelan, ha dado su dinero para creerlo, y lo cree y aplaude. ¿Qué ha de hacer? Establecido el éxito desde la primera noche, el público es así: sigue la corriente. Se le presenta un drama en el que, bien á derechas, no se sabe lo que pasa; se admira, no quiere ser menos, y aplaude también, sin saber lo que se hace.

Sin literatura que deleite, sin arte que recree, sin pensamiento que instruya, sin moral que consuele, ¿qué es entonces esta obra que tanto ruido mete en cafés, en salones y en gacetillas de periódicos?

Es... un género.

¿Género qué?

Género deplorable.

¿Un modo?

No, una moda.

Si hemos de dar crédito al estrépito de los aplausos, al entusiasmo de los amigos y á las ganancias de los revendedores de billetes, tendremos que decir que ha aparecido en la escena la obra maestra

del teatro contemporáneo. Hoy, bien, si se empeñan en ello los admiradores del momento. ¿Y mañana?... Mañana todo habrá desaparecido, porque se trata de un cadáver que el olvido enterrará para siempre.

Obra sin bondad, sin verdad y sin belleza, no tiene recuerdo alguno que dejar en la memoria. Pasada la agitación del primer asombro, ¿quién se tomará el trabajo de escarbar en la sepultura para que el muerto resucite? Ni la impiedad misma podrá recordar con gusto el sabor de la última blasfemia, porque si es visible que el autor ha querido decirlo, es igualmente cierto que no ha sabido expresararla.

En cuanto al autor, consignémoslo con pena, no es literato, ni es artista; es, sí, artífice. Comprendemos muy bien que la construcción de su obra tenga todavía con la boca abierta á muchos ingenieros, porque hay en ella algo del atrevimiento de los puentes colgantes; algo de la audacia subterránea de los túneles; viene á ser un camino trazado á campo traviesa, cuya ejecución ha exigido dolorosas expropiaciones en los terrenos propios del sentido común y del arte: expropiaciones forzadas, no ciertamente por causa de utilidad pública.

¡Ah, Sr. Echegaray!... ¡Qué celebridad tan triste! ¡Qué talento tan mal empleado!...

